

un dia cambiar de parecer á Minio, y que venga á ser mia aquella deidad por cuyo amor he logrado abrir los ojos y corregir mis vicios.

Empieza pues Maximino su nueva vida; aborrece la baraja y toda clase de juego; deja sus antiguos conocimientos; vende una parte de los bienes que le restaban, y toma una cantidad considerable de algunos parientes que le dan la mano viéndole corregido, y se ofrecen á socorrerle si quiere seguir el comercio; y dedicándose á él, tenemos ya de un jugador pródigo, un comerciante laborioso y económico, dedicado exclusivamente al trabajo y á la especulación. Se asocia con algunos negociantes que se preparaban á salir

de viage de Levante para ir á Alejandria, ciudad hermosa construida por Alejandro el grande en Egipto, y que hoi es una de las mas populosas y comerciantes del Oriente, donde se reunen toda clase de drogas y especerías; motivo por que tantos venecianos, genoveses, florentinos y otros de los diferentes países de Italia tienen allí sus almacenes, desde donde dispersan sus mercancías por toda la Europa.

El pobre convertido Maximino tuvo el desastre mas grande que puede imaginarse; pues apenas se habian embarcado, y estando el navío como unas cincuenta millas en alta mar, cuando hé aquí que los vientos se ensoberbecen con

tal impetuosidad, que los pilotos y marineros, no pudiendo contrarrestarlos ni ponerse ya á cubierto de la horrorosa borrasca, se entregaron á discrecion de Eolo en su navío errante, dejándole correr fortuna, siendo el juguete de dos terribles elementos: tres dias y tres noches sufrieron tan furiosa tempestad; y al fin, cesando el rigor de la region aérea, se hallaron sobre las costas de Berberia. Juzga, lector mio, si esta serenidad disiparia sus temores, y si despues de salir del peligro del naufragio darian gracias al Ser supremo de haberles salvado la vida; pero la suerte estaba en acecho y queria dar una pena mayor al amante de Carmosina, que con-

vierte bien pronto sus cánticos de alegría en llanto y dolor; pues cuando la noche empezó á cubrir los mares con su negro manto, hé aquí que en medio de la oscuridad llega un corsario moro, se arroja sobre ellos con algunas galeras, y los asalta con tal sorpresa, que los infelices, asombrados aun de la tormenta, y medio muertos del peligro pasado, no pudieron resistirse á los esfuerzos del corsario; por lo que, sin grande efusion de sangre, fueron hechos prisioneros y conducidos á Túnez para servir de esclavos á la canalla de bárbaros.

Maximino, traspasado de dolor, no apetecia ya mas que la muerte, tanto por verse sin la es-

peranza de su rescate, habiendo perdido todos sus bienes en el saqueo que sufrió el navío, cuanto porque no le quedaba ningun medio de volver á ver jamas á su Carmosina: la cadena, la prision de noche, el mal tratamiento, el trabajo continuo que le hacia sufrir su señor, y los palos que sin cesar llovian sobre sus espaldas, no le causaban tanta pena, como la ausencia de su Carmosina y la ninguna esperanza de volver á su pais. ¡Ah! decia frecuentemente en su interior, ¿qué penitencia mas grave pudiera imponerse á mis extravíos que esta ausencia sin esperanza, y esta prision dolorosa en que tendré que acabar mi vida? ¿No hubiera sido mejor para mí el con-

tinuar viviendo á mi gusto, aunque hubiera dado fin á mis bienes, que perderlo todo de un golpe y verme esclavo con mis riquezas? ¡Ah codicia, cómo ciegas á los hombres! ¡En que lástimas los sumerges por la esperanza de enriquecerse y dejar la memoria de su locura por haberse afanado para adquirir las! ¡Qué felices son los que contentos con una mediana fortuna, miran con piedad á aquellos que ponen su existencia á merced de los vientos y las olas! ¿No me bastaba haber experimentado la inconstancia del amor, sino que tambien era preciso que espusiese al furor de los elementos lo que el hombre posee de mas amable? ¡Ah, hermosa Carmosina! Tu

corazon, no lo dudó, sufrirá crueles tormentos cuando sepas las desgracias de tu Maximino; de Maximino, que solo anhelaba ser digno de tí, y que buscando los medios de lograr tu mano, no ha encontrado mas que hierros para las suyas, y por lecho el duro suelo de una oscura mazmorra. Si al menos pudiese esperar volver á verte, tuviera algun consuelo, y sufriera gustoso el martirio destinado á mi tierna juventud.

No hubo apenas apresado el corsario moro á nuestros viageros napolitanos, cuando llegó la noticia á Nápoles, causando llantos y suspiros á muchos interesados de estos desgraciados viageros; pero esperanzados en que podrian resca-

tarse los cautivos, se fue mitigando su dolor con el tiempo, que es el que disminuye y disipa las penas. Carmosina, sabiendo que su amante era del número de los cautivos, y que habia perdido toda su fortuna, sin haberle quedado la menor suma para reponerse ni para su rescate, resolvió suicidarse, enagenada ya de dolor; y lo hubiera ejecutado si llegando su Aya felizmente en aquel momento, no la hubiera hablado con entereza, logrando aplacarla con sus razones, y convertir el despecho de aquella infeliz niña en un mar de lágrimas, que como perlas corrian de sus hermosos ojos, suspirando sin cesar como la que está poseída de un gran dolor. Al fin, rom-

piendo el silencio , prorumpió en estas palabras : ¡ Ah , madre mia ! ¿ por qué sufriré yo tantos tormentos sin haber dado ocasion á ellos ? ¿ Es posible que yo sola he de ser quien cause la ruina del hombre que mas me amaba , y que por el mal tratamiento de mi padre se haya abandonado á un estado que le ha ocasionado tanta infelicidad ? ¡ Ah cruel avaricia , cómo te apoderas de los deseos de la insaciable vejez ! ¿ Por ventura ignorará mi padre que un hombre suele á veces mejorar sus costumbres en poco tiempo , y que el que trabaja nunca deja de hallar medios de vivir honradamente ? ¿ Qué le importará despues de su muerte que sean ricos ó pobres sus hijos ? ¡ Ah ,

yo hubiera preferido á mi Maximino sin bienes á otro que me ofreciese los tesoros de Cresol ! ¿ De qué sirven tantos bienes al corazon triste , inquieto y sin placer ? ... No , no : haga mi padre lo que quiera , yo he de dar libertad á mi querido Maximino ; yo le proporcionaré el medio de lograrla , y le esperaré para casarme : yo soi aun jóven , y no tengo prisa de tomar estado. — No , hija mia , dice su Aya , tened confianza en Dios y no os aflijais : yo espero que volveréis á ver á vuestro Maximino , y entonces haremos lo que acabais de decir. — ¿ Me prometéis , dice Carmosina , ayudarme para hallar un medio de dar aun un golpe si sale de las manos

de los moros? — Sí, Señora, os lo aseguro, dice la vieja: yo sé donde hai aun mucho dinero, que hace ya tiempo no lo ven el sol ni la luna. Confíad en mí, y no lloreis para que vuestro padre no se alarme y forme mala opinion de vuestra tristeza. — Así pasaron algunos dias en la alternativa de estar Carmosina unas veces triste y otras alegre, esperando la ocasion de ver á su amigo libre de los moros, lo que tuvo efecto un año despues por el medio que voi á referir.

Don Pedro Minio, padre de esta Señorita, unia al deseo de conservar sus riquezas y adquirir otras nuevas, cualidades que le hacian sumamente recomendable en la sociedad. Jamas dejó de socorrer

á los infelices que reclamaban su commiseracion. Siempre deseoso de procurar el bien á sus semejantes desgraciados, hacia anualmente un viage á Berbería, con el fin de rescatar diez ó doce esclavos cristianos, á los que, si eran ricos, exigia la cantidad de su rescate, contentándose con haber causado su libertad; mas á los pobres los compraba con la esperanza de que Dios le recompensaría, y que los infelices rescatados en memoria de tal beneficio le tendrian presente en sus oraciones.

¡Qué bello ejemplo de caridad cristiana, y cuán digno de ser imitado por las presentes y las futuras generaciones! Consagremos estas cortas líneas á tributar el mas

rendido homenaje á la verdadera virtud, y estimulemos á los poderosos de nuestros dias á que imiten el ejemplo de sus mayores. ¿Cuántos hospitales deben á estos su fundacion? ¿cuántas casas, destinadas á ser mansion de las esposas de Jesucristo y de los ministros del santuario, conservan en sus archivos monumentos los menos equívocos de los principios de religion que abrigaban en sus corazones? ¿A quién no admiran las cuantiosas sumas con que procuraron mantener el culto divino? Mas volvamos á nuestra historia, y diremos que Minio, en el año precisamente en que fueron hechos prisioneros los napolitanos, no pudiendo ir en persona, como

siempre lo hacia, mandó á sus criados mayores á Berberia, con la comision de rescatar diez cautivos de su nacion; y si no los habia, de cualquiera otra que profesase la religion de Jesucristo; lo que ejecutaron puntualmente con tal fortuna para Carmosina, que fue comprendido casualmente su amante Maximino, sin ser reconocido de nadie, tanto por no haberle mirado cuidadosamente, cuanto porque el mal tratamiento y las barbas que cubrian su rostro, le habian desfigurado extraordinariamente, poniéndole tan asqueroso, que sus mismos parientes no le hubieran conocido. Pero ¿quién puede engañar la vista perspicaz de un amante que tiene gra-

bada en su corazón la fisonomía y todas las señales de un objeto adorado que con tanta exactitud está retratado en su imaginación?

Carmosina, pues, que tenía tan presente la imagen de su Maximino, no le hubo apenas visto, cuando al momento le reconoció, llenándose de gozo su corazón al verle libre de su cautividad, al través de la pena y compasión que la causaba hallarle en tan lastimoso estado, que demostraba lo mucho que había padecido por ella; y poniéndose de acuerdo con su Aya, pudo lograr una secreta entrevista con su Maximino, á quien habló en los términos siguientes: A pesar de lo mucho que la fortuna os ha atormentado sin

merecerlo, y que os haya puesto en el estado mas infeliz, sois el amigo de Carmosina, que nunca ha olvidado el cariño que la teneis con una constancia tan digna de su preferencia, y no dudeis que ahora os amo mas que nunca, y que las pruebas tan costosas como convincentes de vuestro amor os han hecho dueño, mientras viva, de mi agradecido corazón; y si por esta pasión habeis mudado de vida y perdido vuestro patrimonio, tambien yo me sacrificaré para recompensaros con una amistad recíproca, haciendo cuantos sacrificios son imaginables de un verdadero y constante amor. Si mi padre, al ver vuestra pobreza, no quiso recibirnos por yerno, yo sabré pro-

porcionaros las riquezas necesarias para que podais emprender otra vez vuestro comercio; y cuando hubieseis logrado en él algunas utilidades, estoy segura de que mi padre no os despreciará. Por lo demas, estoy decidida á no tener otro marido que mi adorado Maximino; pues prefiero el contento de mi corazon á todas las riquezas del mundo. — Maximino no sabia qué responder al oírle expresar una resolucion tan inesperada, y el placer le anudó la lengua como si hubiese sido atacada de una apoplejía : mas al fin, despues de un rato de silencio, pudo darla gracias y prometerla hacer su deber en cuanto le mandase, asegurándola que su amor seria de

tanta duracion como su vida. — Carmosina al momento le dió un talego lleno de oro, tanto para reintegrar el valor de su rescate, quanto para reponerse de sus pérdidas y volver á emprender su viaje, lo que ejecutó con tal presteza y felicidad, que habiendo navegado en Levante, sus asuntos tuvieron tan buen suceso, que á su regreso á Nápoles no se hablaba de otra cosa que de la fortuna, talento y buen manejo de Maximino, y de las grandes ganancias que le habia producido el tráfico; corriéndose á mas de esto la voz de que un tio suyo al morir le habia dejado grandes riquezas, y que habia mandado orden al momento desde Levante para volver

á comprar todas las propiedades que habia vendido durante su vida relajada.

Todo esto llenó de satisfaccion á la virtuosa Carmosina, y mucho mas la noticia de haber oido ya hablar á su padre en favor de Maximino con afecto y admiracion. Este, que no deseaba mas que el momento de ver realizado su enlace con aquella muger á quien tanto amaba y debia, y confiado en que Minio no se negaria como antes á ser su suegro, en vista de su enmienda, sus riquezas, y de no ceder su familia en nada á la suya, dispuso que uno de sus tios le pidiese á Carmosina por esposa; y Minio, viendo que solo por el amor de su hija habia corregido

Maximino su vida, y que por su buena conducta y conocimientos se habia hecho tan rico y con tan buena reputacion, accedió muy gustoso al enlace, el cual se verificó con grande placer y aprobacion de todos los parientes; mas esta alegría y regocijo duró poco por la desgracia que le sucedió en el mismo dia en que se celebraba su boda en casa del padre de su esposa. Era en el mes de junio, estacion en que los calores son tan vehementes y causan tantas exhalaciones y tempestades horrosas. Sucedió, pues, que estando estos tiernos amantes recordando juntos la historia de sus amores despues de tantas adversidades, se levantó una tempestad imponente, la mas horrorosa que los nacidos

habian visto, con multitud de relámpagos, rayos y centellas, de manera que por todas partes no se veia mas que fuego, haciendo de una noche óscura la mas luminosa. Nuestros amantes, aterrados por tan furiosa tempestad, suspenden un momento su relacion, y de repente cayó sobre ellos un rayo que dió fin á sus regocijos con los últimos suspiros de sus vidas.

De este modo, el que se habia salvado del naufragio sobre los mares, y de la tiranía de los berberiscos, murió tan desgraciadamente en el dia de su desposorio, por no poder evitar el furor del cielo y la inclemencia del destino; pero tuvo un consuelo que dulcificó su desventura, teniendo por compañera en su muerte á la

que viviendo en sus angustias, nõ le habia acompañado sino en sueño y en su imaginacion. Tal fin tuvo su amor; y esta muerte, nada vulgar, causó la mayor admiracion á todos los parientes de ambas partes, y llanto á toda la ciudad de Nápoles.

En fin, Carmosina y Maximino fueron enterrados honoríficamente en un mismo sepulcro, donde las personas sensibles pusieron al rededor cipreses y muchos epitafios, de los que uno decia en sustancia así:

Epitafio.

Amantes que disfrutais placenteros con reposo y felicidad el fin de vuestros inocentes amores, contemplad nuestro dolor, y decid,

(220)

si perseguidos por la suerte con todo su rigor, habeis visto mortales mas desventurados que nosotros. Esposo y esposa unidos y envueltos en las redes del amor mas casto, despues de haber sufrido penas, trabajos y reveses por mar y tierra para conseguir su suspirada union, murieron abrasados por el rayo de Júpiter sin compasion. ¡ Ah! cuando la esperanza su flor nos demostraba, haciéndonos aproximar para cogerla, perdimos la raiz, el fruto y árbol, reduciendo el fuego á cenizas en el dia de tan ansiado himeneo á Carmosina y Maximino, amantes dignos de mejor suerte por su fe y su constancia.

FIN DEL TOMO VII.

GALERIA FUNEBRE

DE ESPECTROS

Y SOMBRAS ENSANGRENTADAS.

TOMO VIII.